

gar alguno á la esperanza en pechos de presentimientos arraigados y profundos. Cúmplase vuestra voluntad, siquier haya de ofrecer en sus aras el holocausto de la mia, mantenida por convicciones que ha comprobado una larga experiencia.

Y en efecto, la reunion se disolvió. Los nuevos gobernantes de la República tomaron posesion de sus cargos sin protesta alguna. Pero como la crisis se agravaba de una manera tan profunda y los ánimos se deshacian en zozobras é inquietudes, para dar muestra de su firmeza y de su arrojo, prendieron al Gonfaloniero saliente so pretexto de malversaciones y de cohechos. A seguida trataron de la amnistia de Cosme y de su reinstalacion inmediata en Florencia. Y con ánimo de prestar mayor solemnidad á su propósito y á su pensamiento, convocaron á aquellos mismos á quienes mas debia herir. No hay que decir que la primera cita se dirigió al primer enemigo, Messer Rinaldo con su gente. «Iré, contestó el soberbio prócer, pero ire á caballo.»

Y se presentaron él y los suyos á caballo.

Eran de ver á la espléndida luz del estio los jaeces riquísimos cuyas tersas superficies brillaban con todo el brillo de relucientes espejos. Entre los frenos de plata, las testeras de acero, los estribos damasquinados, y las espuelas áureas relucian aquellas gualdrapas empapadas en todos los matices propios de las telas orientales y bordadas con oro y pedreria. Las armaduras se distinguían por su variedad infinita. Este llevaba la capellina española dorada y reluciente unida á la argentea cota de malla sobre veste de seda; aquel casco concluido por un hipogrifo alado de oro y armadura de acero adornada con relieves de plata; el de mas acá un peto en cuyo fondo negro resaltaba la cabeza de Meduza entre enroscadas serpientes y el de mas allá una simple gola de metal repujado como la mas bella y la mas preciada alhaja; todos los diversos y multiformes arcos de aquella época de guerra y anarquía. Seguiantes detras en tropel y á pie arqueros, alabarderos, ballesteros, arcabuceros, uniendo sus alaridos al piafar de los caballos, al vibrar y resonar de las armaduras y de las armas.

Mas, apesar de tener consigo tanta gente, no llevaba toda su compañía, pues muchos de los partidarios que consideraba seguros, desoyeron el llamamiento. Asi es que Rinaldo, puesto ya á la cabeza de todos, ordenó que se detuvieran en cuanto llegaran á la plaza llamada de San-Pulinari con objeto de reunirlos á todos y enderezarlos bajo sus órdenes á la arriesgada empresa de sustituir por fuerza de armas un gobierno con otro gobierno y una clase de ciudadanos con otra clase de ciudadanos. Dolorido por el triunfo de sus enemigos y orgulloso por el cumplimiento de sus profecias deseaba tener á todos á su lado, no solo para los azares de la empresa, sino tambien para las satisfacciones del orgullo. Y no venían. En vano caraco-

leaba en todas direcciones é iba á todas las esquinas, en vano dirigia aquí y allá sus emisarios, sus palafreneros y sus pages:

—¿No viene Guicciardini?

Preguntaba impaciente. Ha contestado al mensaje, decia el mensajero, que su principal ministerio está en su palacio donde impide á su hermano salir al auxilio de los suyos.

—Buena cuenta. Incorporándose él á nosotros y su hermano á nuestros enemigos, quedábamos con fuerzas iguales. Pero ha hecho bien. Hombre que da tal excusa para eximirse de sangrientos encuentros debe valer mucho menos que su rival, y viniendo, no trae por Baco y la Madona á nuestro campo gran fuerza.

Pero ni este noble ni otros muchos, esperados con impaciencia, venían. Rinaldo daba vueltas y mas vueltas, decia frases y mas frases, devorado de impaciencia, y no llegaba ningun partidario. Sobre todo la ausencia de Strozzi, con el cual contendiera tanto en la reunion de su casa, le desesperaba y le traía como enagenado de sí mismo.

—¿Que hará? Tocará el salterio en vez de tocar á rebato. Empuñará la peñola en vez de empuñar la espada. Contará diptongos en vez de contar partidarios. Arreglará una arenga en vez de apercibir una sublevacion. Y tiene golpe de gente y número de partidarios y autoridad política ese mandria.

Quando mas entregado se hallaba á tales maldiciones, aparece en efecto Strozzi á caballo, pero con dos de los suyos solamente, y no con la legion numerosa que creía Rinaldo tener derecho á esperar de un verdadero partidario.

—¿Nos abandonais?

Le preguntó al verle de aquella guisa.

—Ya antes vos habeis abandonado la prudencia.

—Mas ¿para cuándo guardais la sangre de vuestras venas?

—Para cuando pueda fecundizar la patria.

—Accion incomprensible la vuestra. O acusa en vos falta de valor ó falta de confianza en nosotros. Por lo primero os dañais y nos dañais por lo segundo, dañando de todas maneras á la patria. No aguardéis salvacion alguna en este trance ni siquiera en el último refugio que resta á la desgracia, en el refugio de la conciencia. Quando salgais por la puerta de vuestro palacio para ir al destierro ó subais por la escalera del patibulo para ir á la eternidad, no encontrareis en lo interior una voz que os diga haber hecho lo posible para evitar este mal y para cumplir vuestro deber. Si creéis que los enemigos perdonarán vuestra indiferencia, os engañais tristemente. A su castigo añadirán su menosprecio.

Strozzi se inclinó al oido de Rinaldo con cierta gravedad, murmuróle

algunas palabras que nadie pudo oír, y dió vuelta con sus dos compañeros sin mas acción ni mas respuesta ni mas palabra.

—¡Oh Florencia, murmuraba el noble yendo de aquí para allá como un demente, Florencia entregada á discordias eternas, verdadero infierno de Italia! Un día, los menores, los mas pobres, la baja plebe, sacando fuerzas de flaqueza, corrieron tus calles con las teas del incendio humeantes en las manos, los conjuros de una inmediata venganza en los labios, la ira en el pecho, y el incendio consumió tus palacios, y la sangre te anegó en sus diluvios; y la sombra de una deshonra cierta se extendió sobre tu nombre, y parecías próxima á quedar convertida en monton de cenizas donde solo pudieran acogerse tristes penitentes. Aquellos sublevados cogieron á tus nobles y nombraron entre ellos un gobierno á su antojo de los perdonados por el hierro ó el fuego. Y ahora, en este momento, tienen escrúpulos femeniles incomprensibles los mas fuertes para valerse de su fuerza y plantear sobre bases incommovibles una verdadera República. Perecerán deshonrados.

Mientras pasaba esto en la plaza de San-Pulinarj, pasaban en la plaza de la Señoría escenas análogas.

A las amenazas de Rinaldo, el primer movimiento de los gefes recién nombrados fué un movimiento de terror y su primer impulso encerrarse en el palacio y allí resistirse vendiendo caras sus vidas. Mas el segundo impulso fué ya otra determinacion distinta, como nacida de mayores reflexiones é ilustrada por mas clara experiencia. El segundo impulso fué mandar un embajador con ánimo de entretener el tiempo y de dividir á los insurrectos mas que con ánimo de llegar á un acomodo y concordia. Y así lo hicieron y diputaron diversos emisarios hábiles en las artes de la palabra y profundos en el conocimiento de la ciudad y de sus partidos, que pudieran dar algunas sofisticas explicaciones sobre el regreso de los Médicis, causa de la algarada, y sembrar recelos entre los levantados en armas, poco dispuestos á la guerra.

La estratagema dió resultado. En cuanto oyeron algunos partidarios de Rinaldo que en sazón oportuna se hablaría del regreso de los Médicis, proyecto sobre el cual ningún acuerdo cabía tomar sin prévia consulta pública, decidida la Señoría á tener en cuenta todas las opiniones y á apereibir una satisfaccion á todos los agravios; en cuanto oyeron esto, se apartaron mas y mas en nuevos bandos y se dividieron en contrarios pareceres. Sobre todo, uno de los mas envalentonados y decididos, Peruzzi, volvió su caballo hácia donde estaba Rinaldo y le dijo estas sencillas palabras:

—Mi deseo, al tomar las armas, se redujo á oponerme á que volvieran los Médicis. Conseguido este deseo por declaración de la Señoría, nada me resta que hacer en la plaza. Después de nuestra precipitacion, aun me extraña que hayamos conseguido victoria tanta. No quiero pues comprometerla y malograrla por aspirar á otras, ó menos brillantes ó mas inciertas.

Y dirigiéndole un besamanos con su guantelete de hierro, partióse á galope hácia su palacio, de todos los suyos seguido. Ya no quedaba en la plaza ningún florentino mas que Rinaldo con todos sus parciales, y estos, inquietos, murmurando, decididos á dejarse de una empresa de todo sus mantenedores abandonada. Pero una voluntad firme se afirma á la contrariedad y al peligro. Tantas deserciones y tan continuas no consiguieron otra cosa mas que exacerbar á Rinaldo y moverle á la batalla y al asalto. Tendió los ojos sobre la gente que aun le quedaba, observó en ella sobrado número de picas, lanzas, ballestas, arcabuces, y dió la orden de marcha en son de guerra hácia la plaza de la Señoría, buscando mas el combate que la victoria. Los indecisos se decidieron en cuanto observaron la resolución del jefe. Una mirada de cólera y una palabra de guerra bastaron á enardecer la sangre y á despertar el afán de la pelea. La mermada legion se puso en marcha al son de los clarines y de los atambores, que tocaban el siniestro paso de ataque. La guerra iba á estallar.

Pero todavía no llegaba á la esquina mas próxima aquella legion, cuando se detiene, como si hubiera encontrado obstáculos insuperables. Los que van delante cruzan las manos, doblan las rodillas, depositan en el suelo sus armas. Al rumor guerrero sucede un cántico religioso, suavísimo, místico, de incomparable dulzura, un coro que parece ahuyentar las sombras del odio y traer los ángeles del cielo. «Es el Papa, es el Papa» gritan á una todos los soldados. En efecto, Eugenio IV habita Florencia con motivo de las discordias que reinan así en el seno de Roma como en el seno de la Iglesia. Y habiendo llegado á su noticia que el combate va á estallar, se ha puesto en marcha con toda solemnidad para mediar, en cumplimiento de su ministerio de paz, entre los combatientes. No podía darse nada mas espléndido que aquella aparicion. Los heraldos vestidos de tisu tocaban trompetas de plata; los maceros con sus dalmáticas recamadas de perlas llevaban sobre los hombros gruesas mazas de oro; seguian los soldados de alabarda, semejantes por su correccion y por su fijeza á ideadas figuras, con calzas rojas, veste amarilla, y bordaduras blancas; en pos iban los capitanes de guardia en caballos briosísimos, enjaezados con lujo oriental, cubierta la cabeza de birretes con innumerables plumas, ceñido el cuerpo de púrpura, sobre la cual brillaban espesas cotas de malla; trece pajes detrás de los capitanes daban al viento banderas y banderolas diversas, estandartes y pendones; tras los pajes venian los concelleres en caballos con gualdrapas verde y oro; tras los concelleres los gentiles-hombres cubiertos de brocados, en cuyos pliegues diríase que había caído una lluvia de pedrería; y por último los preladados, cardenales, patriarcas que rodeaban al Papa, caballero en una mula, cuyo cuerpo desaparecía bajo la multitud de sus jaeces, y vestido de hábito pontifical sobre el que se elevaba con la majestad y el brillo de un astro, ceñida á la sacra cabeza la divina tiara de San Pedro.

Imaginaos el espectáculo ofrecido por aquella plaza en tan sublime momento. Nubes de incienso que perfumaban los aires; armonías producidas por suaves instrumentos que se mezclaban con los coros religiosos; de un lado los representantes de la Iglesia Católica en grupo brillantísimo y en actitud imperiosa, mientras de otro lado los militares tendidos por el suelo, con sus armas junto á sus rodillas, como en demostración de que la fuerza bruta cedía á las intimaciones y á los conjuros del espíritu. Eugenio IV llama á Rinaldo, y el capitán florentino baja de su caballo y se arrodilla al pié de la mula del Papa con tal recogimiento de ánimo y tanta inclinación de cabeza que parece no llegar ni á los estribos.

—Hijo mío, le dice, el ministerio que he recibido de Cristo me trae á tu presencia para detener el brazo levantado contra tus hermanos. Una gota de sangre que pudiera evitar y no evitara me emponzoñaría con sus vapores. No mancheis, pues, de odios estas calles ni dirijais blasfemias al cielo que nos oye. La paz es fácil y Dios la bendecirá desde su trono. He acudido á la Señoría, como acudo á tu persona, y ha puesto en mis manos tu suerte. Entrégate pues confiado á tu padre.

—Señor: me apresuraba á combatir con denuedo, porque no tenía otro medio de volver por el derecho. Mas, presente el padre de todos; caídas de sus labios palabras tan dulces y de sus manos bendiciones tan eficaces; solo me toca reprimir mi cólera y participar de una mansedumbre y una dulzura que pueden y deben tener amenazadoras contiendas. Mandad y yo obedezco, pues la Señoría os ha facultado para decidir de mi suerte, que no puede estar en mejores manos, ni por mas alto poder defendida y escudada.

—Una sola advertencia me ha dirigido que te comunico para tu cumplimiento; la necesidad de una inmediata disolución de todas estas fuerzas armadas, como artículo de prévio pronunciamiento para asentar y componer nuestra concordia.

Aun no acababa el Papa de pronunciar esta palabra, cuando ya Rinaldo con un gesto habia disuelto su banda, cuyos soldados se partieron en diversas direcciones. Y aun no habia Rinaldo cumplido este deseo del Papa, cuando ya Su Santidad lo levantaba del suelo para estrecharlo en sus brazos y conducirlo á su alojamiento de *Santa María Novella*, donde iba á concluirse y formalizarse la concordia. Rumores de satisfacción acompañaban al Cortejo papal por todas partes. La guerra civil, que amenazaba, convertíase en paz segura y larga. Los ánimos enardecidos se acallaban y se sometían á una bendición. La cólera tomaba el aspecto de la bondad. Los que iban á asaltar una fortaleza se rendían de hinojos ante un débil anciano. Parecía que resucitaban aquellos tiempos primeros del Cristianismo triunfante, cuando por los bordes del horizonte venían en tropel devastador los bárbaros, y conjuraba su ira la palabra de un Papa desarmado en medio de una selva de armas,

sin mas fuerza que su autoridad y las palabras de paz y de amor recojidas en las sublimes enseñanzas del Evangelio. Así toda Florencia resonaba en esperanzas y en bendiciones. Mas, cuánto seria el asombro público, al llegar la pontificia comitiva á la Iglesia y saber las resoluciones de la Señoría. Obispos, arzobispos, patriarcas, cardenales, resultaban convertidos en cómplices de una infamia y comparsas de una comedia. La Señoría los acababa de enviar á detener la guerra civil, y detenida la guerra civil, desconocía cuantas palabras acababa de darles y cuantas promesas acababa de hacerles. Las tropas de la Señoría, que estaban lejos, habian llegado; las magistraturas de Florencia, comprometidas á la concordia, caían reemplazadas por otras mas intransigentes; el llamamiento de Cosme de Médicis estaba decidido; y el destierro de Rinaldo y de los amigos de Rinaldo decretado con una implacable crueldad y una completa falta á la religion de la palabra y á la santidad del juramento.

El Papa no queria dar crédito á sus ojos y no acertaba ni con las frases expresivas de su asombro. Al fin, rompiendo en llanto amarguísimo, y encarándose con el pobre noble burlado, le dijo.

—Me han vendido descaradamente y despues me han hecho pasar á mí, vicario de Cristo, por el papel de Judas.

—No se aflija Vuestra Santidad, puesto que sus aflicciones no pueden desvanecer las mías. A nadie debo culpar de cuanto me sucede, sino á la falta irreparable de haber tomado resoluciones contrarias á mis ideas. Si yo inmolara á Cosme de Médicis, sin pedir ni dar consejo, no me viera hoy sin patria. Si antes del sorteo tomara las armas, cayeran á mis piés los mismos que hoy han caído sobre mí. Si antes de aguardar á los míos, me apoderara del palacio de los señores, ya estaria echada á mi favor la suerte y en mi pro decidida la contienda. No me estraña la desgracia, porque la considero congénita ya á mi naturaleza. Quien ha nacido y se ha criado en ciudad donde la voluntad de los hombres tiene mas fuerza que la virtud de las leyes, bien puede vivir entre las fieras de las selvas sin temor y sin recelo. Pero dueleme no haber oído antes la voz de mi propio espíritu que la voz del Espíritu Santo. Loco de mí que imaginé á Vuestra Santidad, lanzado de su patria, bastante poderoso para mantenerme en la mía. Adios, Señor, ya que habeis cavado mi sepultura, rogad al cielo por mi alma.

En efecto, al día siguiente, Florencia horaba como la Jerusalem del Profeta. Sus palacios mas bellos aparecian cercados de tropas; sus familias mas nobles perseguidas y proscritas. Bajo aquellos artesonados, propios á repetir las cadencias del sarao, solo resonaban los lamentos del destierro. Por aquellas escaleras de tanta grandeza bajaban grupos sumidos en la desesperación y temerosos de toda miseria. Los caballos en grande número piafaban á la puerta y parecían tristes como sus dueños. Las esposas, al apartar-

se de sus esposos, caían en el pavimento, rígidas y frias, como los cadáveres en el sepulcro. Las madres desoladas enseñaban á sus hijos de pecho aquellas calles y plazas llenas de monumentos por donde debían haberse criado, si Florencia no fuera su madrastra. El jóven dejaba en esta reja un signo, en aquella puerta una flor que decían la esperanza y el deseo de regreso debidos á los impulsos del corazón henchido de sangre primaveral. Tocaba el viejo las piedras del hogar antes de partirse, los quicios de las puertas, los alféizares de las ventanas, los barrotes de las rejas con la misma ansia que la cabeza de los netezuelos venidos muy tarde y á quienes no columbran sus ojos gastados por los años. No pueden verse sin estremecimiento de terror los gestos de amargura que ponen unos, cuando pasan por las puertas de la ciudad, y otros cuando en la cima de las colinas, próximos á trasponer el pliegue de tierra que ocultará á Florencia, se despiden de sus airosas torres, de sus marmóreos campaniles, de sus austeros palacios, de su rotunda única, de tanta hermosura y grandeza como tiene la ciudad-sibila, irremplazable por ninguna otra, no ya en el corazón de sus hijos, en el corazón de la humanidad. Bien se necesitaba el acento de un Jeremías para lamentar aquella tragedia de Florencia.

Sin embargo, á las altas horas de la noche, un grupo de alegres jóvenes, andaba de jácaras, de fiestas, de serenatas por aquellas calles, tocando laudes y diciendo en coro numerosísimas canciones. Nadie diría que hubiera pasado por la ciudad de las flores tal cúmulo de males, cuando aun quedaba en sus muros quien pudiese cantar placeres de la vida, esperanzas del alma, alegrías vivísimas, encendidas y vivificadoras pasiones. En la inmensa soledad bajo el sudario de las sombras aumentado por los mustios reflejos de pálida y tibia luna, á la puerta de aquellos palacios semejantes á solitarios panteones, andaba, quizá para indicar la vida, como la flor ó el nido sobre la tumba, aquella juventud, indiferente á los males de la patria, gozosa del propio bien, anhelosísima por respirar libremente, sintiendo latir su corazón á todas las pasiones, avivarse su inteligencia á todas las ideas; con la inspiración como una estrella sin ocaso en su cielo, con el impulso al combate y al trabajo en la inquietud de su ser, pendenciera, artista, enamorada, poco propia para distinguir el bien del mal, y muy propia para agitar con el aliento de sus labios los mares de la vida y encender en vividas llamas todas las conciencias. Entre aquellos jóvenes distinguíase uno, muy mozo pero muy fuerte, el de talle mas esbelto, el de apostura mas elegante, el de traje mas artístico, el de cabellera mas larga, el de voz mas alta, el de laud mas sonoro, que no encontraba viandante á quien no interrogara con frases, ni dama á quien no requiriera de amores con fervor, ni ventana á donde no lanzara un requiebro ó una mirada, ya esgrimiendo sus armas en pos de una aventura, ya saltando á las rejas en demanda de un beso, con la jácara en la garganta, la cuerda vibrante entre los dedos, el dicho agudo en los labios, la embriaguez

de las ideas en los ojos; verdadera imágen de aquel exceso de amor y de vida que, como una reacción necesaria contra las abstracciones de la Edad Media, traía el fecundo y regenerado Renacimiento. «Filippo, Filippo» le gritaban sus compañeros cuando querían dirigirle por buen camino ó moderarle en sus ímpetus. Pues ese Filippo es el héroe y el protagonista de nuestra Historia.

CAPÍTULO II